



Bojo el Ventilador

Las Tres Primas

Adela, Olga y Elvira, son primas hermanas. Las dos primeras, hermanas ambas.

Todos los años, alternadamente, Adela u Olga, pasan el verano con su prima Elvira.

Los papás de ésta poseen un buen hotel de viajeros y aunque la chica, por razones fáciles de comprender tratándose de dos señoras muy ricas, vive con sus tías, mientras la prima en turno para el verano, Elvira también se aloja en el hotel de sus padres.

Un hotel provinciano siempre es algo triste. Viajantes—esos hombres heroicos y modestos—que se detienen un par de días a lo sumo. Gente de paso que hacen noche en el lugar. Y algún huésped “fijo”, generalmente hombre ya entrado en años, de vida metódica por la fuerza del ambiente, o porque su trabajo lo exige.

Cuando Elvira y su prima llegaban al hotel a pasar los tres meses de verano, cambiaba el aspecto de aquel como si lo volvieran del revés. Se oían risas, sonaba el piano, los camareros andaban rápidos, el menú participaba de la alegría del cocinero y los balcones del hotel eran blanco de las miradas de los asiduos al Café de enfrente.

En verdad que los hombres somos como chiquillos ante las mujeres. Su sola presencia alegra nuestro espíritu y no hay neurastenia, ni madurez de años, que resista a la cura mágica que envuelve el afecto de una de ellas.

Yo recomiendo a mis lectores que si cualquier azar de la vida, sea cual fuere, hace decaer su espíritu o inunda su alma de tristeza, que no llame al médico, porque es inútil. El tiene la curación en sus manos. Que repase de entre sus amigas, la que más llene sus gustos y que emprenda, sin desfallecer, la tarea de conquistar su afecto. Que no le acobarde si en las primeras escaramuzas, le dan una paliza... Que siga persiguiendo su objetivo, aunque—y ello es muy dudoso—no lo logre nunca. Que lleguen, en fin, como antes he dado a entender, a “crearse una ilusión.” Ese es el secreto. Y sigamos nuestro cuento.

Don Carlos, era un huésped “fijo” del Hotel de los padres de Elvira. Sus cuarenta y tantos

años, su vida muelle, sus “bastoneos” ya lejanos, le tenían en ese estado un poco insipido en que los hombres nos colocamos, cuando ya nuestro caballo corrió demasiado y no sabemos lo que queremos: Si que nos dejen en paz o nos den una tanda de latigazos que nos haga correr a la fuerza... Desesperante!

Pero cuando llegaban las dos primas al hotel, don Carlos sentía, como todo el inmueble, la influencia de la bocanada de frescura y alegría que sus juventudes irradiaban. Y, don Carlos, aquí *inter-nos*, era lo que se llama en andaluz “un camándula”, que llevaba a la práctica aquel sistema curativo, que antes hemos recomendado.

El primer año, “le puso los puntos” a la mayor de las primas, Adela. Y el resultado no fué del todo desfavorable. Adela le contó sus amores con un poeta y juntos recitaban un madrigal que aquél le dedicó...

Al segundo año, Elvira—diez y seis años ya—se dió cuenta del gran interés de don Carlos en que volviese Adela. Pero ello era contra la costumbre y Elvira tuvo buen cuidado de que don Carlos comprendiese que había de venir Olga. Porque le correspondía y porque *ella procuraría que así fuese...* ¿Celillos?

Y vino, efectivamente, Olga. Y entre ella y don Carlos se estableció enseguida una gran corriente de simpatía. Lo de siempre. ¡Le había hablado tanto Adela de él...! Olga era más bella que Adela, mejor dicho, Adela, aunque más romántica, no era tan bella como Olga.

La simpatía entre Olga y el huésped, llegó al límite de su trayectoria...

Elvira, “la dueña de la casa”, porque Elvira con su geniecillo un poco dominante y su cultura muy superior a la de sus padres, mandaba en toda su familia, se apercibió enseguida de la mútua atracción entre don Carlos y Olga... “¡Demonio de primas...!”, dijo un día la chiquilla, ante don Carlos, sin poderse contener.

Llegó el final de la temporada veraniega. Olga regresó con los suyos, al otro lado de la costa; y el hotel volvió a sumirse en su tristeza habitual, los camareros a dormir y a bostezar, el pia-

no a esperar en un ángulo del salón, el cocinero a repetir el menú, que era un martirio, y don Cárlos a las novelas y a retirarse temprano, después de escribir algunas noches un par de postales a sus amigas Adela y Olga. Nueve meses de descanso. ¡Los tristes nueve meses de todos los pueblos españoles....!

Pero llegó la Primavera. Se acercaba el Verano. Don Cárlos se vistió ya de claro. El hotel comenzaba a tener un poco de más vida.

Uno de los primeros días de mayo, apareció por allí Elvira—¡dies y siete años ya, lector

amable!—Hacia el día quince venía todos los años una de las primas. Elvira era, bueno es decirlo ya, la más bonita de las tres y... ¡le tenía una rabia a don Cárlos!

Al verla éste, le pregunto:

—Estamos en mayo, Elviritita. ¿Quién viene este año, Adela u Olga? ¿A quién le toca...?

—Ni Adela, ni Olga—respondió Elvira, poniéndose sericita. Tal vez vaya yo a pasar el verano con ellas. Este año, señor don Cárlos... ¡me toca a mí!

EUGENIO DE LORENA.



DESPUES DEL EJERCICIO

NEKO

Es la primera ayuda que debe prestarse al cuerpo después de un vigoroso ejercicio físico. La rica y abundante jabonadura que produce NEKO, imparte al cuerpo no solo perfecta limpieza sino esa fragancia natural tan apreciada por la gente más refinada.

1% y 2% mer. iodide

UN PRODUCTO DE PARKE DAVIS Y CIA.

BOTICA BOIE: Agentes en Filipinas

Zapatos para Tennis



No. 6B

DE LONA CON SUELA DE GOMA
PARA SEÑORAS Y NIÑOS P5.00

DE LONA CON SUELA DE CREPE
PARA CABALLEROS P8.00

C. ALKAN, INC.

CEBU

MANILA

DAVAO